*El agradecimiento es una carga,
y todos tienden a librarse de ella.*
Denis Diderot.

El hombre miró hacia los densos nubarrones, sintió el viento cortante que le envaraba los huesos, e intentó protegerse de las ráfagas heladas de noviembre, envolviéndose aún más en la arpillera con la que cubría sus miserables harapos. Pensó amargamente que pronto el día se despojaría de sus últimos rayos de sol, y que otra vez la noche cruel, con su traje riguroso de glacial azabache, se haría dueña de aquel trozo perdido de los caminos de su austera Castilla. Luego, volviendo a mirar sombríamente hacia el cielo, intentó guarecerse, acurrucándose frente al aire helado y la ligera llovizna que barría el pórtico de la pequeña abadía. Comenzó a notar que el frío le tensaba los nervios del alma como si fueran vibrantes cuerdas de vihuela, y que sus manos ateridas, cubiertas por unos mitones destrozados, se le entumecían ensoñadas con la tonada gélida que el viento le ululaba. Entonces advirtió que le tocaban en el hombro y le hablaban.

- Mala dama de compañía es la noche para los pobres. Y ésta parece que decidió ataviarse con un velo de nieve para galantearnos la madrugada -dijo la voz, señalando con los ojos el triste gris de los llanos que se divisaban tras la calleja del poblacho. Luego continuó diciendo:- Toma, hermano, bebe un trago de este vino que, aunque no es un noble hipocrás de obispo, te dará fuerzas para sobrellevar su pasión de mujer celosa.

El hombre aceptó el pellejo que le ofrecían y bebió un trago largo. Después miró el trozo de pan negro que le tendía el brazo huesudo del pordiosero y se quedó dubitativo, como temiendo aceptarlo. El mendigo extendió una sonrisa, dejando ver sus dientes podridos y, clavándole la mirada irónica de su único ojo vivo, pronunció alegremente:

- ¡Recelas de mis escrófulas, eh, soldado! ¡Vamos, cógelo sin miedo, que, por comerlo, ningún "matapán" se ha dignado a compartir estas hinchazones que me ha mandado el Señor!

Se decidió el hombre al fin a tomarlo y comenzó a devorarlo velozmente. El mendigo se quedó observándolo risueñamente y, mientras cortaba un gran zalacho de su hogaza y empezaba a masticar pausadamente, se dirigió de nuevo al hombre, para decirle entre bocado y bocado:

- Lástima que no sean unas gachas calientes, que en buena hora nos vendrían. Pero es de buen enebro y no de bayas rancias como las tortas de los menestrales leoneses. Yo he recorrido mucho reino, soldado, aunque no lo creas. Y he probado los panes más extraños que nunca sospecharías que existieran. De arveja y semillas de amapolas; de zumo de raíces de altea; de aceite de violetas y harina de bellotas. ¡Sí, señor! ¡Todos los que cuece la hambruna de los

UN TRUENO EN LA NOCHE

labriegos en los malos tiempos!... Si quieres te puedo dejar un rincón para pasar la noche. Es un chamizo que está a un cuarto de legua de aquí, pero aún no podemos ir. Un cabrero amigo lo utiliza para guarecerse cuando cuida el ganado, por lo que todavía estará allí a estas horas. Además aún no ha terminado la misa y hoy, soldado, he visto entrar a micer Nuño de Albornoz. Pero tú no sabes quién es micer Nuño de Albornoz, claro. Micer Nuño es el dómine más papudo y piadoso de todo el condado y, de las doblas que, como recaudador de alcabalas de los pobres, le saca a los pecheros en veinte leguas, no dudes que un maravedí suelta de cuando en cuando para equilibrar su mucha estima con el diablo –finalizó, con una risa estentórea.

- Cómo has conocido que soy soldado, o que al menos lo fui, porque ahora solamente soy como tú, una rata pordiosera de los caminos, arrojada cruelmente de la mesa de la honra y la fortuna -manifestó el soldado, con un rictus de ácida desesperanza.

- ¡No cómo yo, soldado, no cómo yo! A mí, loado sea el Señor, me sobra toda la honra de la que hablas si no me falta un mendrugo que mojar en mi escudilla -se atragantó, deglutió y continuó entre toses-: Que si las llagas maldicen mi cuerpo y la nube de este ojo me borró medio horizonte, también mis desventuras, gracias a la bondad de Cristo, despiertan la bondad de los buenos creyentes. Sí, soldado, antes, que era un simple y honrado artesano constructor, pasaba hambre, aun sabiendo deletrear un poco los latines y no venciéndome ningún maestro albañil en levantar los muros más recios; y ahora, que soy medio juglarón y medio embustero, no hay noche en que no acueste mis huesos y piojos sin haber rellenado antes la panza. Es el truco de este negocio: no defenderse demasiado mal con el salterio y las sonajas de azófar, clavarles tu miseria a los más rústicos con una penumbra de amenaza diabólica cuando extiendes la mano, y rogarles sumisamente a los mercaderes y penitentes ricos mientras dedicas dulcemente tu oración al santo por la bondad de sus fieros corazones... -arrancó alegremente otro buen bocado de la hogaza, lo masticó voluntariosamente y bebió un buen trago del vinazo-. Y en cuanto a tu pregunta, con una sola pierna y cubierta tu cabeza con ese bacinete abollado, sólo podrías ser un soldado sin ejército o un ladrón estúpido y olvidado del dios Mercurio.

El soldado sonrió con una pincelada irónica. Luego giró su rostro hacia el mendigo, y le respondió con un ligero tono de sarcasmo:

- Parece que no eres lerdo en conocer a los hombres, amigo. Tú no serás algo hechicero como las brujas galaicas -afirmó-, ¿o es que tienes sangre de adivino moro o rabino alquimista en tus venas?

- Un poco de emplastos y pócimas conozco, porque a veces es necesario para defenderse en esta profesión. Pero soy tan buen cristiano como el que más, y si lo que pretendes es

UN TRUENO EN LA NOCHE

ofenderme, intitulándome hijo de judío, te digo que ¡maldito seas tú por tu lengua mentirosa y maldito sea yo por compadecerme de ti! -acabó iracundo, escupiendo sobre la escalinata y levantándose.

- Vamos, vamos, amigo, acepta mis disculpas. No he querido agraviarte con mis palabras. Llevo tanto tiempo de aquí para allá que a veces ni mi nombre recuerdo y respondo a dentelladas a la compañía de los hombres. Vamos, amigo, dispensa a un perro solitario al que los golpes le afilaron los colmillos -dijo con medida tranquilizadora-. Escucha, me llamo Rodrigo de Velasco, y reconozco que soy tan cerril como un manijero aragonés no respondiendo a tus ofrecimientos con gratitud.

El mendigo, rascándose con fruición la nariz, se quedó pensativo un momento, como si fuera un dominico recapacitando en la soledad inacabable de la existencia. Luego volvió a sentarse, murmurando con un deje de serena melancolía:

- Está bien, y, como se dice, no llevemos las cosas por el cabo. Tomemos al azor con las alas rotas en lo que vale y disculpemos que se revuelva porque tiene las garras destrozadas. Toma, bebe, y templemos con el vino la amistad entre un lobo acosado y un zorro mugriento -le alargó otra vez el pellejo, bebieron ambos y luego el mendigo le preguntó: ¿Y qué hace un soldado sin capitán que lo ampare, aunque sea un soldado tullido como tú?

- Vuelvo a mi aldea, confiando que la generosidad de mis paisanos sea igual al abandono en que nos tienen nuestras excelsas Majestades Católicas, Fernando de Aragón y Germana de Foix -le respondió cáusticamente, con un acento de acritud.

- ¡Demasiado resentimiento, soldado! Es Cristo el que decide el destino de los hombres, aunque a veces ayude Lucifer. Los reinos son demasiado grandes y los vasallos ruines en su mayoría, y los reyes, aunque sean justicieros, tienen demasiados negocios de Estado para detenerse en las minúsculas dificultades de sus súbditos.

- Tal vez tengas razón, amigo, pero mi sangre se rebela contra esta iniquidad que me aboca a la miseria.

- ¡Cómo todos los que aún no han aprendido a lamerse las heridas, soldado! ¡Cómo todos los que aún no han aprendido a lamerse las heridas! -le interrumpió, entre risas.

- Hay llagas que tiene el perro que supuran su hedor aunque se lama, y si no escucha, si la Virgen te ha agraciado con el don de la paciencia, y quizás me comprendas -el mendigo hizo un gesto de indiferente atención, y el soldado, mirando hacia sus recuerdos, prosiguió con voz somera:-

<<Los años anteriores no tienen importancia, porque son los mismos que los de cualquier

UN TRUENO EN LA NOCHE

hijo bastardo de villano; pero creí que la suerte se cruzaba en mis pasos cuando, tras abandonar los rigores de la azada y la siega, en el mes de enero del año de nuestro Señor de mil cuatrocientos noventa y cuatro, me enrolé en las fuerzas que comandaba don Alonso Fernández, para una expedición de conquista en la que soñábamos grandes ganancias. Era una expedición castellana, aunque don Alonso Fernández tenía por segundo apellido de Lugo, y unos pocos aragoneses del rey don Fernando nos acompañaban, aunque en aquellos años, antes de fallecer nuestra soberana, entre los barones y los concejos de villas, tanto montaba Isabel como su regio esposo. Imagínate a mí, un simple hombre libre al que la fuerza de sus brazos le llevaban a alcanzar una cota de malla y lucir los colores de Castilla en su pecho, poseyendo orgulloso una aljaba de cuero donde la muerte aguardaba que mi voluntad le mandase, porque balletero era en la compañía por la reciedumbre de mis músculos tensando el armatoste. Sí, amigo, yo era, por mi arrojo y decisión, uno de los felices valientes en los que el capitán Fernández de Lugo depositaba su confianza para alcanzar el éxito de nuestra empresa.

<<No tardó nuestra compañía en partir hacia el puerto de Palos, donde embarcamos, para zarpar hacia las islas de la mar Océano, en cinco bajeles de los más marineros del reino. El dios del mar nos fue benévolo, y desembarcamos sin tropiezos en aquellos territorios desconocidos hacia principios de mayo. Tras tomar posesión de aquellas playas en nombre de sus Majestades Católicas, pronto mandó don Alonso Fernández erigir el campamento base en la rada a la que arribamos y que llamó puerto Azaña, pues temía, y con razón, las noticias del carácter belicoso de los naturales. Luego, tras organizar los pertrechos y levantar una empalizada que sirviera de fortificación, eligió ciento cincuenta hombres y, después de señalarnos las cumbres que se erigían contra el cielo más azul que nunca vi, nos arengó diciendo que en aquellas montañas estaban nuestra gloria y nuestra fortuna y que, si nuestro ánimo no desfallecía, viviríamos ricos el resto de nuestras vidas, siendo nuestra gesta recordada con palabras de oro en los siglos venideros.

<<Créeme, amigo, si te digo que aquellas tierras son verdaderamente hermosas. Sus cumbres están hechas para el vuelo majestuoso del águila y sus valles para el canto libre del ruiseñor. Pero, como las bellas flores de la cicuta, también ocultaban entonces la ponzoña de la picadura del alacrán. Así, cuando comenzamos a adentrarnos en el territorio, a veces nuestra columna se veía obligada a estirarse por senderos que encubrían las aristas vivas que se escondían en su lejanía. Subíamos por trochas y farallones que hasta el propio muflón evitaría, y todo ello cargando con los falconetes y bombardas que la mulada se resistía a transportar. Sí, así era. Frente aquellos riscos pavorosos, las mulas clavaban sus patas echando raíces como tocones

UN TRUENO EN LA NOCHE

de encinas, y ni sacándoles la piel a zurriagazos conseguíamos hacerlas avanzar.

<<No nos encontramos con los naturales hasta finales de mayo, y no te miento cuando te digo que pocos hombres tan fieros y terribles he llegado a ver. Nos adentrábamos en un valle cuando surgieron por sus laderas, atacándonos por todos lados. Aquello fue una carnicería. Nos cogieron por sorpresa, y parecía que despreciaban la vida por la manera que se ensartaban en nuestras picas, haciendo caso omiso a la lluvia de saetas y al tronar mortífero de los mosquetes. Caía uno y otro ocupaba su lugar, mientras nosotros procurábamos retroceder en orden, intentando reagruparnos para poder contraatacar. Pero todo fue inútil. Sólo veinte logramos escapar, tras abrirnos paso luchando en un inacabable cuerpo a cuerpo. Huimos durante días, esperando que una lanza nos abriera el alma o una de sus mazas nos esparciera los sesos. Y, cuando al fin divisamos nuestro campamento, sólo éramos once los espectros desfallecidos que habíamos logrado salir de la tumba.

<<No tuvimos más remedio que abandonar nuestro enclave. Don Alonso Fernández, con lágrimas de rabia en los ojos y jurando volver, mandó aparejar las naves y retornar a Castilla, ya que había comprendido que no disponíamos de fuerzas suficientes para mantener defendido el asentamiento. Luego, meses más tarde, cumplió su palabra y volvió para entablar batalla a los naturales; pero no te puedo contar cómo fue, porque ya no pude estar allí. La punta de una flecha pudrió mi pierna, y tuvieron que cortarme el miembro por apestárseme la sangre.

<<Nos habían prometido que no nos olvidarían, y, aunque don Alonso cumplió su parte del trato, cumplimentándome una cédula para que me reconocieran mis méritos y se me otorgase una pensión por mis servicios, lo cierto es que las veleidades de los grandes nos han sumido a todos en el abandono, y como un halcón herido vuelo desde entonces en días llenos de penurias. Y lo que me levanta ampollas de resentimiento, mendigo amigo, es que esta situación sea así por el capricho y mudanza de los poderosos, que ahora sólo se acuerdan de recompensar con mercedes a los soldados que han abierto los territorios de las Indias Occidentales, y que nadie quiera reconocer a los buenos castellanos que el veintitrés de julio de mil cuatrocientos noventa y cinco, junto al esforzado capitán don Alonso Fernández de Lugo, conquistamos y pusimos a los pies de Castilla y de Cristo las feraces y desconocidas tierras de las ínsulas Canarias, doblegando, con nuestros muertos y nuestra sangre, la salvaje bravura de sus indios guanches...>>.

Calló entonces el soldado y el mendigo se lo quedó mirando tristemente. Después éste suspiró y de nuevo, en silencio, le tendió el pellejo de vino. A lo lejos un trueno anunció en la noche la descarga del aguacero.